

margen N° 69 – julio 2013

Construyendo la familia: la decisión de tener hijos y la influencia de la paternidad sobre la actividad laboral en varones de sectores medios

Por Magdalena Felice

Magdalena Felice. Socióloga. Becaria doctoral CONICET, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Introducción

El presente informe se basa en una investigación sobre las formas que asume la decisión de tener hijos y la influencia que tiene la paternidad sobre la actividad laboral de los varones, llevada a cabo entre septiembre de 2011 y marzo de 2012. El análisis se circunscribe al territorio de la Ciudad de Buenos Aires y toma como objeto de indagación a varones de estratos socioeconómicos medios, comprendidos en una franja etaria de 30 a 40 años.

Las transformaciones experimentadas en las trayectorias de vida de las mujeres de estratos medios en los últimos cincuenta años –expresadas en su creciente incorporación y permanencia en el mercado de trabajo así como en la mayor exigencia de capacidades educativas para desempeñarse en ese mercado– repercuten en las dinámicas familiares y en las relaciones de género (López et. al, 2010). Los nuevos roles de las mujeres –con mayor autonomía y menor dependencia de los varones– desencadenan modificaciones en las relaciones entre varones y mujeres que dan lugar a un proceso de construcción/reconstrucción de la identidad de género masculina. Las modificaciones en el papel de la mujer y en las funciones maternas se corresponden con las transformaciones de la imagen y los roles de los varones, en general, y de las funciones paternas, en particular.

Estos procesos inciden en el modelo tradicional de familia –nuclear y patriarcal, produciendo un quiebre de la dinámica basada en la diferenciación de esferas sociales y roles donde el padre era proveedor principal del hogar y la madre estaba dedicada a las tareas domésticas y de cuidado (Lupica, 2009; Faur, 2006; Ariza y De Oliveira, 2001). En este sentido, la concepción y las características de las funciones maternas y paternas no son naturales ni esenciales sino más bien construcciones socio-históricas que se modifican acorde con el desarrollo de las sociedades.

Las transformaciones en el papel de las mujeres asociadas a un aumento notable de los hogares donde ambos cónyuges aportan ingresos, así como de aquellos que presentan jefaturas femeninas, han ido dando lugar a una demanda creciente sobre los varones para que éstos asuman mayores responsabilidades en las tareas del hogar y de cuidado, y mayor implicancia afectiva, disponibilidad y proximidad a la familia (Fuller, 2000; Lupica, 2009; López et. al, 2010; Faur, 2006; Viveros Vigoya, 2000; Ariza y De Oliveira, 2001).

Siguiendo a Lupica (2009) y Fuller (2000), entendemos por paternidad al proceso gradual que comienza con la decisión de tener y hacerse cargo de un niño/a, es decir, al proceso por el cual el

varón asume la responsabilidad en el cuidado, alimentación y crianza de aquellos niños que define como sus hijos. Desde esta perspectiva, ser padre no es sólo fecundar sino asumir públicamente el vínculo con un hijo/a y comprometerse a formarlo, darle sustento material, social y moral. Viveros Vigoya postula que la paternidad representa la consecución de la adultez plena y es descripta como la inauguración de un nuevo período en el ciclo vital del varón que permite demostrar públicamente que se es un “hombre pleno, viril y responsable” (2000: 104). Ser padre es independiente de los lazos biológicos o legales, excede la cuestión biológica, se trata de una construcción histórica y social que, en consecuencia, difiere a lo largo del tiempo según las características de la sociedad y de las familias en las que se produce.

En este contexto de cambios en las dinámicas familiares y las relaciones de género, creemos que la reflexión en torno a cómo es experimentada la paternidad por los varones adquiere relevancia. Varias preguntas guiaron el trabajo, tales como ¿de qué manera experimentan los varones de sectores medios, residentes en la Ciudad de Buenos Aires, la decisión de tener hijos? ¿Qué elementos son considerados a la hora de elegir ser padres? ¿Cuáles son sus percepciones y valoraciones respecto a la paternidad? ¿Cómo influye el rol de padre en su actividad laboral y/o carrera profesional? ¿De qué manera articulan su trabajo y su familia? Estos interrogantes constituyen algunas cuestiones que serán tratadas en el desarrollo del trabajo.

En cuanto a la exposición, en el primer apartado se analiza la forma de experimentar la decisión de ser padres; en el segundo, se reflexiona en torno a la influencia de la paternidad en la actividad laboral y/o carrera profesional de los varones; por último, se presentan algunas reflexiones finales sobre la problemática abordada.

La decisión de tener hijos: los planificados buscadores, los planificados espontáneos, los no planificados

En las últimas décadas, diversos estudios (López et. al., 2010; Fuller, 2000; Lupica, 2009; Solsona, 1996) han puesto a la luz que las personas de niveles socioeconómicos más elevados privilegian el proceso de formación educacional y la inserción en el mercado trabajo, postergando las decisiones reproductivas. En su estudio sobre las mujeres de sectores socioeconómicos medios, López et. al. (2010) observa que algunas de estas mujeres enfrentan conflictos entre los deseos de maternidad y los de llevar a cabo una carrera laboral. En el mismo sentido, Fuller (2000) postula que si bien la experiencia de ser padre es definida por los varones como expresión de un deseo profundo y como parte del proyecto de vida del varón, la elección no está dejada al libre albedrío.

A fin de evitar generalizaciones sobre las formas que asume la decisión de tener hijos entre los varones de nuestro estudio y con el objetivo de sintetizar y ordenar la información recogida, hemos construido una tipología de padres considerando las siguientes dimensiones: la existencia de alguna planificación sobre la llegada de los hijos, la evaluación de ciertas condiciones previas, la edad y situación laboral del varón al momento del nacimiento del primer hijo. De este modo, quedaron definidos tres perfiles de padres: *los planificados buscadores, los planificados espontáneos y los no planificados*.

De los 20 varones entrevistados, ocho conforman el primer perfil, ocho el segundo y cuatro, el tercero. Siguiendo este criterio, es posible afirmar que la mayoría de los varones de nuestro estudio planificó la llegada de sus hijos. Cabe destacar que todos los entrevistados afirmaron que la decisión sobre tener hijos fue vivenciada como una decisión personal en la que intervino únicamente a la pareja, sin involucrar ni a familiares ni amigos. Asimismo, ninguno de los varones señaló haber considerado cuestiones religiosas a la hora de decidir tener hijos.

Los planificados buscadores

Esta categoría está conformada por los varones que definieron la llegada de los hijos como un fenómeno “hiper planificado”, precedido por la decisión explícita de los miembros de la pareja sobre querer ser padres y, fundamentalmente, sobre cuándo serlo. En este sentido, planificaron no sólo un “punto de partida” (es decir, cuándo comenzar con la búsqueda activa) sino también un “punto de llegada”, una fecha aproximada en la que se deseaba que ese hijo naciera. Si bien reconocen que la factibilidad de que los hijos lleguen en la fecha prevista no depende exclusivamente de su voluntad, afirman que la búsqueda del hijo se organizó en función de un objetivo temporal concreto. Los planificados buscadores son, en este sentido, organizados y previsores.

“Absolutamente planificado. Sí. Absolutamente planificado. En realidad, nuestra idea era..., al ser docente, digamos, poder tener el tiempo mío de vacaciones de verano para poder estar más con Vanesa y Aluminé, en su momento por una cuestión de poder compartir la experiencia... Si no, en docencia, tenés 10 días nada más como varón. Entonces empezamos a buscar (...). (Pablo, 36 años)

Asimismo, estos varones se caracterizan por haber comenzado la búsqueda luego de evaluar las condiciones previas necesarias y haberlas alcanzado. Su punto de partida estuvo así definido por el abandono de los métodos anticonceptivos y por una situación de vida considerada “estable” y “adecuada” para recibir a los hijos.

Cabe destacar que estos varones tenían alrededor de 31 años al momento del nacimiento de su primer hijo.

“Hiper planificada. Sí, más allá del tiempo exacto preciso. Fue totalmente planificada en términos de las etapas profesionales de cada uno de nosotros, los momentos, digamos, de la pareja, la estabilidad económica, los proyectos a futuro, digamos. Fue todo como muy... sí, planificado y pensado. (...) Los dos teníamos ganas, lo que pasa que queríamos que coincida en una etapa personal de ambos que no sea obstáculo, o no queríamos que sea una carga. Queríamos que sea un momento bueno para los dos, tanto en lo personal y en la pareja. Cuando llegó ese momento dijimos “bueno, estamos ahí”. Y bueno, la alegría llegó.” (Agustín, 30 años, 1 hijo)

Ahora bien, ¿qué implica una situación estable y adecuada? Desde la perspectiva de los entrevistados, una situación “adecuada” para tener hijos significa haber alcanzado ciertas condiciones previas. ¿Cuáles son estas condiciones? En primer lugar, la mayoría destacó el convivir con la pareja y contar con una vivienda propia que sea amplia y ofrezca un espacio independiente para el nuevo miembro. La cuestión del espacio adquirió un valor central ya que, junto con la propiedad de la vivienda, son percibidos como factores que brindan tranquilidad y estabilidad en el hogar.

“No, no, en cuanto a la estabilidad y lo económico, sí. La prioridad era la casa pero igual no la teníamos. Pero como estábamos bien, bien acomodados, por eso también lo trajimos. Porque necesitábamos también un espacio, que era una cosa que necesitábamos los dos, de que tuviera un espacio, él también necesitaba tener su espacio.” (Facundo, 33 años, 1 hijo)

Una segunda condición identificada por la gran mayoría fue la estabilidad económica, asociada a la situación laboral de los miembros de la pareja; el hecho de que ambos miembros de la pareja (o

al menos uno de ellos) tenga un trabajo estable que provea de un sustento económico seguro es un factor central a la hora de decidir.

Por último, estos varones postularon la necesidad de evaluar el “momento personal” que atraviesan los miembros de la pareja, es decir, la situación laboral y el estado de su proyecto profesional, dado que esto puede traducirse en mayor o menor tiempo disponible para estar con los hijos. En este sentido, las parejas reflexionan sobre las posibilidades de dedicación en la crianza, y cada vez más son los mismos varones quienes están reclamando una paternidad más cercana, con mayor participación en los procesos de crianza y educación.

Así también, estos varones postularon la necesidad de evaluar la situación que atravesaba en su trayectoria vital cada miembro de la pareja respecto a su proyecto de vida personal y su carrera profesional, ya que estas cuestiones podían traducirse en mayor o menor tiempo disponible para dedicarse a las tareas de cuidado y crianza de los hijos. En este sentido, podemos decir que, al menos desde lo discursivo, este perfil de padres manifiesta deseos por asumir una paternidad más cercana, con mayor participación en los procesos de cuidado, crianza y educación de los hijos.

Algunos indicaron también que la situación de pareja y el tiempo que llevaban juntos fueron también variables discutidas. Agustín lo resume así:

“Y también veíamos que era un buen momento nuestro, como pareja, que veníamos bien hace mucho tiempo y que queríamos hacer la experiencia de tener una bebé, digamos, o un bebé. Pero, sí, fue algo conversado y algo que lo charlamos previamente.” (Agustín, 30 años, 1 hijo)

Identificamos que estos varones son quienes optaron por pedir vacaciones al momento del nacimiento de su hijo como estrategia para prolongar la licencia por paternidad. Los *planificados buscadores* afirmaron que planearon reservarse las vacaciones para esa fecha porque los días que brindaba la ley no les parecían suficientes. La mayoría agregó quince días, uno se tomó un mes y uno de los varones aprovechó los tres meses de vacaciones que le permite su actividad docente. Cuando se les preguntó por los motivos de la prolongación de la licencia, todos respondieron que la tarea del varón en los primeros meses de vida del bebé es necesaria para compartir más tiempo con su hijo y, fundamentalmente, para desempeñar un rol más activo y protagónico en su crianza y cuidado, junto con la madre.

“Creo que sí, que tendríamos que tener muchos más días. De disfrutarlo de recién nacido. Y además es muy estresante que sólo la madre esté con el bebé porque demanda mucho y uno está muy cansado y estaría bueno que estén los dos padres.” (David, 32 años, 2 hijos)

No obstante, algunos de estos varones reconocieron que, al momento de la decisión, se consideraba principalmente la situación personal de la mujer ya que se percibía que era ella quien iba a ver más modificada su actividad laboral. En este sentido, coincidimos con los estudios de Lopez et. al (2010), Lupica (2009) y Ariza y De Oliveira (2001) en que aún se mantiene una distribución desigual de las tareas de cuidado de los hijos y que la mayor carga recae sobre las mujeres.

“Mirá, era algo que queríamos los dos y el tema de programar el tiempo eran los tiempos de mi señora, digamos, de terminar la carrera, de recibirse y empezar la residencia. A los dos años de la residencia de ella que, bueno, ya estaba encaminada, ahí la tuvimos.” (Jorge, 38 años, 2 hijos)

En suma, la decisión de tener hijos en los *planificados buscadores* se caracteriza por ser conversada, explicitada, evaluada y planificada tanto en términos de fechas como de condiciones

previas necesarias y, por lo tanto, la llegada de los hijos se caracteriza por ser *buscada* activamente. En los casos en que las situaciones de vida personales de cada miembro de la pareja no coincidían, estos varones destacaron que eso no generaba conflictos sino conversaciones y negociaciones.

Los planificados espontáneos

Este perfil de padres, a diferencia del anterior, no define la llegada de sus hijos como un hecho estrictamente planificado porque considera que, si bien se acordó un “punto de partida” al abandonar los métodos anticonceptivos, no hubo una “búsqueda activa”, entendiendo por “activa” una búsqueda en función de una fecha en particular para embarazo. Podríamos decir entonces que la llegada del primer hijo fue *planeada* –en tanto se abandonaron los métodos de barrera–, pero no *buscada*; algo así como una posibilidad proyectada y posible pero indefinida. En este sentido, la decisión de tener hijos es más bien una decisión sobre el deseo de ser padre y no tanto sobre cuándo serlo; en una suerte de espontaneidad controlada, se planea el abandono de los métodos anticonceptivos pero se deja “a la suerte” la concepción de los hijos. Así, no habría una *búsqueda* en sentido estricto sino un juego de aparente azar en el que, despejado el camino, los hijos “llegan, cuando llegan”. Los siguientes fragmentos de entrevistas pretenden ejemplificar esta *ilusión de espontaneidad* respecto a la llegada de los hijos que manifestaron los *planificados espontáneos*:

“En realidad no es que estábamos buscando un hijo, teníamos ganas de tener un hijo pero no es que estábamos buscando. Y no nos cuidábamos y bueno, en una de las tantas quedó embarazada”. (Tomas, 37 años, 1 hijo)

“Como te dije antes, esperábamos tener un hijo, pero no fue algo buscado. Sí, los dos estábamos de acuerdo en que queríamos tener hijos, pero no fue algo buscado, algo que se decidió y se buscó. Llegó y bueno, la verdad nos hizo muy felices.” (Agustín, 30 años, 1 hijo)

“Sí, fue planeado pero planeado como de jugando, ¿viste? O sea, bueno, nos empezamos a no cuidar, pensando en tener, pero no... por ahí no tan conscientemente, pero... Bueno, obviamente, cuando quedó embarazada Vane yo estaba re contento, ella estaba re nerviosa, esas cosas.” (Diego, 36 años, 1 hijo)

En este contexto, nos preguntamos si estos varones han evaluado condiciones previas para la llegada del primer hijo. A partir del análisis de las entrevistas, advertimos que si bien los elementos previos considerados necesarios no fueron explícitamente conversados ni evaluados al momento de abandonar los métodos anticonceptivos, sí existió un *reconocimiento tácito* de que la atmósfera era la “adecuada”. En este sentido, mientras los *planificados buscadores* destacaban haber comenzado la búsqueda del primer hijo después de haber conversado con su pareja, explicitado las razones, evaluado ventajas y desventajas en función de la situación de vida atravesada, y haber alcanzando las condiciones previas definidas como necesarias, los *planificados espontáneos* manifiestan que en algún momento la pareja conversó sobre ciertos elementos previos que definirían una atmósfera adecuada para recibir a los hijos pero que no hubo una evaluación específica en el momento en que se decidió abandonar los métodos anticonceptivos. De ahí que hablemos de un *reconocimiento tácito* de la atmósfera “adecuada”. Ante la pregunta sobre esta cuestión, Matías respondió:

“Lo veníamos conversando, era algo que estaba... O sea, la idea de formar una familia, siempre estuvimos de acuerdo en eso y nos empezamos a no cuidar, ella dejó de tomar pastillas, yo dejé de usar preservativo, y bueno... hasta ahí, ¿no?, hasta que quedó embarazada.” (Diego, 36 años, 1 hijo)

Ahora bien, en tanto la llegada del primer hijo fue, desde su perspectiva, una posibilidad proyectada más que buscada, no siempre estuvieron dadas todas las condiciones que hubieran deseado o planeado. En algunos casos fue el nacimiento del primero hijo lo que motivó a alcanzar esas condiciones.

Cabe destacar que en general estos varones tuvieron el primer hijo a una edad más temprana que los anteriores, a los 28 años.

“No, la verdad es que... O sea, ¿cosas que nos fueron importantes, algo así? Tener la posibilidad de mudarnos, poder comprar algo nuestro, más grande de dónde vivíamos cuando vivíamos solos. Fue lo único que pensamos. Pero bueno, no es que salimos primero a buscar una casa y después tuvimos a Valentín. Era al revés. Primero formamos la familia y casa, todo, recién ahí. (Hernán, 32 años, 3 hijos)

Los elementos previos definidos por estos varones son similares a los postulados por el perfil de padres anterior: la estabilidad laboral, la posición económica, el espacio en la vivienda y la situación de pareja. No obstante, sólo uno de estos varones señaló como condición previa la situación personal que atravesaba el varón.

Asimismo, con respecto a la licencia por paternidad, identificamos que la mayoría de estos varones se tomó únicamente los días permitidos por la ley y sólo algunos pocos pidieron sus vacaciones para extender esa licencia y, en el caso de quienes lo hicieron, la prolongación fue entre una y dos semanas más, como máximo.

Cuando se les preguntó su opinión sobre la cantidad de días que otorga la ley, la mayoría expresó que se sintió satisfecho y que, si hubiera tenido más tiempo, lo habría utilizado para “darle una mano” a la pareja. En este sentido, en consonancia con los hallazgos de otras investigaciones nacionales e internacionales (Faur, 2006; Fuller, 2000), estos varones no consideraron la labor de cuidado y crianza en esos primeros meses del bebé como una responsabilidad propia sino más bien como una colaboración con la madre en los tiempos que tenían disponibles luego de trabajar.

I: ¿Cuándo nació tu primer hijo tomaste licencia?

E: No, bueno un día, dos días.

I: ¿Hubieses necesitado más?

E: Sí, pero el padre con diez días que la ayude a acomodarse un poco me parece que está más que bien.” (Guillermo, 32 años, 2 hijos)

Los no planificados

El perfil de padres está conformado por aquellos varones que definieron la llegada de sus hijos como no planificada, no buscada y no esperada; una suerte de sorpresa aceptada. Podríamos decir que no hubo una *decisión* sobre tener hijos sino una *elección* en torno a asumir el embarazo ya concretado. En este sentido, es en el momento en que supieron que la mujer estaba embarazada cuando eligen ser padres. De ahí que digamos que la planificación es inexistente.

Mientras para los *planificados espontáneos* la llegada del primer hijo fue un hecho no buscado pero proyectado como posible, para los *no planificados* los hijos no eran algo que la pareja tuviera –por el momento– entre sus planes; y el deseo de ser padres, así como la decisión de serlo, surgió al momento de saber que la mujer estaba embarazada.

“No, no. Vino de arriba, no la estábamos buscando. (...) No, no la estábamos buscando, ni habíamos pensado en tener hijos todavía.” (Silvio, 40 años, 2 hijos)

“No. No fue planeada, quedó embarazada Viole y decidimos tenerlo. Y a partir de eso nos fuimos a convivir.” (Luis, 32 años, 2 hijos).

Como consecuencia, no fueron consideradas –ni explícita ni implícitamente– ciertas condiciones previas, ni se observa la existencia de alguna conversación anterior con la pareja sobre los hijos y el deseo de ser padres. Así, el cambio de vivienda por un espacio mayor, por ejemplo, no fue una condición sino una consecuencia del nacimiento. En este sentido, si bien el tamaño de la vivienda es considerado un elemento importante, no fue pensado con anterioridad, sencillamente porque la llegada del primer hijo no fue ni planificada ni proyectada como posible. En algunos casos, la pareja tampoco estaba conviviendo y ese factor, que muchas veces es una condición previa, se tornó una consecuencia del nacimiento.

I: ¿En que momento decidieron convivir?

E: En el momento en el que tuvimos a nuestra hija

I: ¿Vos consideraste, mas allá de que tu hija no fue planeada, que había ciertas condiciones que cumplir para tener un hijo?

E: Y me hubiera gustado estar viviendo en pareja, si bien hace unos años que estábamos saliendo, me hubiera gustado estar viviendo juntos” (Norberto, 30 años, 1 hijo)

En relación a las características de los varones de este grupo al momento de tener hijos, identificamos que la mayoría tenía alrededor de 25 años. Asimismo, observamos que ninguno de estos varones optó por tomar sus vacaciones para prolongar la licencia por paternidad ante el nacimiento. La mayoría tuvo los días asignados por la ley y luego retornó a su trabajo; no obstante, algunos manifestaron haber deseado tener más tiempo. En este sentido, al igual que en perfil anterior, durante los primeros meses de vida del bebé la responsabilidad del cuidado recayó fundamentalmente en la mujer.

“-¿Hubieras querido tener más días de licencia?

-No, no, un día, capaz dos días, los días lógicos de internación, pero no, no. (...) Y me hubiera gustado, pero la nena nació en mayo, en medio de la venta, por más de que me hubiera gustado no podría haber sido, fue en medio de la temporada fuerte mía, así que si no trabajaba ahí después no iba a poder comprarle los pañales, viste.” (Silvio, 40 años, 2 hijos)

La influencia de la paternidad sobre la actividad laboral y la carrera profesional

Varones y mujeres asumen la experiencia simultánea de ser padres/madres y trabajar; sin embargo, el modo en que cada uno lo hace se distingue notoriamente. Faur (2006) realiza un

estudio del proceso en términos de “conciliación familia- trabajo” en la legislación laboral y en las subjetividades masculinas y destaca la prevalencia y persistencia de una matriz sexual de trabajo en la legislación laboral y en las subjetividades masculinas que asigna al varón adulto la responsabilidad de la provisión de ingresos familiares y a las mujeres las obligaciones de reproducción del mundo doméstico, incluyendo el cuidado y la crianza de los hijos. Esta matriz sexual no parece haberse visto muy modificada con el ingreso de las mujeres en el mercado de trabajo y, como consecuencia, mientras que para las mujeres la salida laboral ha traído aparejada la necesidad de compatibilizar sus responsabilidades en la esfera productiva y reproductiva, los varones se han desempeñado en su ambiente laboral sin conflicto ni necesidad de conciliación con sus responsabilidades de cuidado familiar. Si bien ha habido un leve aumento en la carga de tiempo que dedican los hombres a las tareas paternas y domésticas, los estudios afirman que ésta sigue siendo muy inferior a la carga de tiempo de las mujeres (López et. al, 2010; Fuller, 2000; Lupica, 2009; Faur, 2006)

Tal como ha sido postulado en la investigación realizada por López et. al (2010), el trabajo tiende a ser para los varones de sectores medios de la Ciudad de Buenos Aires un sustento económico, asociado a la idea de responsabilidad que le cabría a los varones en tanto principales perceptores de los ingresos familiares. En este marco, el trabajo remunerado es significado como una responsabilidad insoslayable que no debe verse afectada (a diferencia del caso de las mujeres) por las transformaciones de su trayectoria personal ni familiar. López et. al. (2010) establecen que para casi la mitad de sus entrevistados varones de estratos medios y residentes en la Ciudad de Buenos Aires, la conjunción de sus trabajos con la paternidad no se traduce en fuertes inconvenientes. Faur (2006) sostiene que en tanto los varones no viven como una responsabilidad propia ni compartida el trabajo que debe realizarse en el interior de los hogares, ellos no necesitan “conciliar” esas esferas ni lo viven como una tensión.

Desde esta perspectiva, creemos que la reflexión en torno a la experiencia de ser padre y trabajar no debería asumir la interacción entre ambas esferas como una situación de “conciliación”, sino más bien cuestionarla, indagando en la perspectiva subjetiva de los varones cómo ellos definen esa relación –que puede ser conflictiva y requerir una conciliación, o no–.

La paternidad es definida por los varones de nuestro estudio como una experiencia gratificante y satisfactoria, altamente valorada; incluso aquellos que no habían planificado el primer embarazo aluden que ser padres es una instancia hermosa e inexplicable en sus vidas y de la cual no se arrepienten.

La función proveedora material, asociada a brindar seguridad y protección, se mantiene como una categoría central del discurso de los varones; no obstante, simultáneamente a ese rol de proveedor, los varones consideraron que el rol del padre incorpora la creación de lazos afectivos firmes y permanentes con sus hijos, capaces de generar mayor cercanía y presencia ante los mismos. Así, la mayoría de los varones de este estudio expresó querer estar presente en el hogar y participar activamente en la crianza y educación de los hijos, aunque esto no necesariamente se concrete en la práctica. En consonancia con los estudios de Fuller (2000) y Viveros Vigoya (2000), estos varones registran una contradicción entre las exigencias de su trabajo y el compartir tiempo con los hijos, no pudiendo brindarles la cantidad de dedicación que ellos desearían y enfrentándose a demandas contradictorias que provienen de la necesidad de garantizar la promoción social de su familia y el deseo simultáneo de asumir mayor compromiso en el cuidado y crianza de los hijos, y mayor cercanía emocional.

A fin de evitar generalizaciones, hemos construido una tipología de varones conformada por tres perfiles de padres: *los no afectados sin cambios, los no afectados con cambios, los afectados*. De

los veinte entrevistados, nueve están incluidos en el primer tipo, diez en el segundo y sólo uno en el tercero. Por lo tanto, podemos decir que la mayoría expresó que la articulación de sus trabajos con la paternidad no acarrea fuertes inconvenientes ni le ha generado problemas en su actividad profesional, aún cuando pueda haber producido algunos cambios.

Los no afectados sin cambios

Este tipo de varones se caracteriza por considerar que la paternidad no sólo no afecta su actividad laboral sino que tampoco le ha originado cambios en la misma. Así, al preguntar por las modificaciones que introdujo el nacimiento de su hijo en su ocupación, estos varones respondieron que no les afectó “para nada” y que siguen haciendo la misma rutina. Es decir, si bien identifican cambios en su tiempo libre y en otras dimensiones de su vida, no dan cuenta de transformaciones en su ritmo laboral o su actividad. A modo de ejemplificación de este tipo de padres, Matías comenta:

“No, yo creo que si tenés ganas podés hacer todas las cosas que te proponés. No afecta para nada.” (Matías, 34 años, 1 hijo)

La mayoría de estos varones trabajan casi el doble de horas que su pareja y no cuentan con flexibilidad horaria; sus parejas, en cambio, sí. Esta cuestión no es un dato menor ya que identificamos que, en la mayoría de los casos, quien está más tiempo en el hogar suele ser quien se ocupa más de las tareas domésticas y de cuidado de los hijos. Como consecuencia, si la mayor parte de las parejas de estos varones trabajan menos horas que ellos, ellas suelen ser quienes soportan la mayor carga de esas tareas; y, a su vez, dado que son ellas quienes se ocupan, ellos tienen más tiempo para invertir en su actividad laboral.

Así, ante la pregunta sobre la influencia de la paternidad en el trabajo, Leandro deja en evidencia que ser padre no repercute en su trabajo porque es su pareja quien realiza la mayoría de las actividades de cuidado que requiere un hijo. Si ella no las hiciera, él reconoce que entonces debería quitar tiempo de su actividad laboral y entonces sí vería afectada su carrera laboral.

“-¿Ser padre puede afectar la actividad laboral del varón?”

-Depende la mujer que tengas al lado. En mi caso creo que no. Pero sí, yo creo que si la mujer, o sea si tu mujer está en un trabajo en relación de dependencia, que sea full time, ahí sí, hay muchas cosas, muchísimas de las que ocuparse que no... no se puede.” (Leandro, 30 años, 1 hijo)

En los casos en que tienen los horarios laborales de la pareja son similares, las redes de apoyo (familiares o institucionales) permiten que los varones no vean afectada su actividad.

Los no afectados con cambios

Estos varones identifican transformaciones en su actividad laboral originadas por la llegada de los hijos, pero no consideran que se haya visto *afectada*; si bien comparten con *los no afectados sin cambios* la opinión respecto a que la articulación de ser padre y trabajar no genera problemas, a diferencia de aquellos, reconocen que la experiencia de ser padre significó modificar parte de su rutina laboral.

La mayoría identificó los cambios de horarios como una de las principales consecuencias de la

paternidad. Llegar tarde, irse antes, interrumpir el trabajo y realizarlo de modo fragmentado, reacomodar horarios, ausentarse, reducir el trabajo que se llevaba para el hogar, son las transformaciones más nombradas. Algunos destacaron que tener un hijo los lleva a asumir su trabajo con más responsabilidad y compromiso ya que sienten que deben asegurar su estabilidad laboral para poder sostener económicamente a la familia. Coincidiendo con López et. al. (2010), la función proveedora material, asociada a brindar seguridad y protección, se mantiene como una categoría central del discurso de los varones. En este marco, el trabajo tiende a ser visto fundamentalmente como un sustento económico que permite brindarles a los hijos aquello que puedan requerir. Tal como postulan las autoras, el rol de proveedor continúa siendo un mandato cultural profundamente arraigado en los varones, una exigencia impostergable.

Si bien se reconocen ciertos cambios, estos varones no manifestaron en sus discursos que la paternidad haya afectado su carrera profesional, y se los define como cambios temporales o eventuales. En este sentido, esas modificaciones no son vistas como “problemáticas”, como un “costo” o una “renuncia”, sino como una negociación, un modo de amoldar su trabajo a la nueva situación de vida, que se da de manera pacífica. Tal vez porque estos varones dijeron contar con la flexibilidad horaria necesaria para poder acomodar su actividad profesional sin originar conflictos con los compañeros de trabajo y/o jefe. Facundo cuenta su experiencia:

“No, yo salgo... Mariana sale más temprano, cambió su horario para salir más temprano y volver más temprano, y yo voy más tarde. Yo cambié, arreglé mi horario para ir cerca, quedarme hasta las 11. Ella se va más temprano, ella vuelve para cuando se va Noelia, y yo me que me quedo hasta más tarde así él se levanta, desayuna conmigo, está más tranquilo, así...” (Facundo, 33 años, 1 hijo)

Los varones que cuentan con flexibilidad horaria y una situación económica más estable logran estar más presentes y compartir más tiempo con sus hijos respecto de aquello que están más presionados por su actividad laboral y cuentan con menor libertad de horario.

La mayoría de estos varones trabaja aproximadamente la misma cantidad de horas que sus parejas y cuenta con flexibilidad horaria en su trabajo. La simetría en la rutina laboral y la flexibilidad contribuyen a que ambos realicen modificaciones y busquen congeniar y negociar los cambios de horario para que ninguno vea del todo afectada su actividad profesional.

“I: Y, por ejemplo, ¿quién los lleva al médico?”

E: Y depende los horarios pero, por lo general, los dos. Si no, yo, por un tema de la movilidad y de la flexibilidad horaria” (Silvio, 40 años, 2 hijos)

Asimismo, suelen contar con redes de apoyo (familiares o institucionales) para cubrir los horarios en los que ambos están trabajando y para ocuparse de algunas tareas domésticas. De ese modo, tanto uno como otro cuenta con tiempo disponible para trabajar.

“Ella puede hacer un consultorio de cuatro horas por día, o dos horas un día y dos horas otro día. Lo puede llegar a hacer. Ahora está buscando eso y si sale algún reemplazo que tiene que hacer una guardia de 24 horas, lo puede hacer tranquilamente porque la tenemos a mi mamá. Mi mamá nos está ayudando bastante. Antes de nacer Lara, la más chiquita, ella se jubiló con la intención de ayudarnos (...)” (Jorge, 38 años, 2 hijos)

En los casos en que la mujer trabaja menos horas que el varón, los entrevistados aluden que es ella quien asume más cantidad de tareas domésticas y de cuidado por estar más tiempo en el hogar. No obstante, identificamos que en todos los casos la distribución de tareas es bastante más compartida que en el perfil de padres anterior y que los varones que cuentan con flexibilidad

horaria suelen utilizarla para cuidar de sus hijos y realizar tareas domésticas. Así lo resume Agustín:

“Sí, porque mientras uno está más ocupado dándole de comer, el otro la está por bañar, o la cambia para ir a dormir, o le está dando la leche, todo eso (...). Entonces ese día, mientras uno hace eso, el otro hace otras cosas, va preparando la comida, va viendo lo que hay que hacer según los quilombos del día. (...) Por eso te digo, mientras uno hace algo y está con la bebé, el otro está haciendo otra cosa. (...) Dependé que le guste a cada uno. Lu lava, yo plancho. Uno lava la ropa y el otro es el que la cuelga. Así. Es muy repartido y varía según qué hizo el otro o qué le gusta más hacer al otro. Es muy repartido.” (Agustín, 30 años, 1 hijo)

Los afectados

Dentro de este perfil de padres sólo identificamos un caso; hubo un entrevistado (Mariano) que respondió que la paternidad había afectado su actividad laboral en tanto tuvo que rechazar propuestas de trabajo que consideraba enriquecedoras. Para Mariano el tiempo que demanda tener un hijo le implicó renunciar a un puesto de trabajo de mayor rango y, en ese sentido, afectó su carrera laboral. Vale destacar que, a diferencia de los otros varones, Mariano afirma no sólo que su trabajo sufrió modificaciones sino también que se vio afectado su crecimiento profesional.

“-¿Se vio afectada tu carrera profesional con la paternidad?”

“-Sí. Por la falta de tiempo. Creo que uno en determinadas situaciones pondera cuestiones personales ante las laborales... Un montón de veces tuve posibilidades de crecimiento en mi trabajo y por cuestiones de horarios tuve que desistir... Por ejemplo, tuve la posibilidad de ser coordinador en una de las sucursales de los gimnasios en el que trabajo pero tuve que decir que no porque no me daban los horarios porque mi mujer ya había empezado a trabajar.” (Mariano, 30 años, 2 hijos)

En el caso de Mariano, su pareja trabaja más horas que él e incluso también lo hace los sábados. A su vez, él es quien tiene más flexibilidad horaria en su trabajo para poder amoldarlo a las necesidades del hogar. Esto es lo que hace, según Mariano, que sea él quien tenga una mayor carga de tareas domésticas y de cuidado de los hijos; para esto, cuenta también con la ayuda de las abuelas y de una niñera.

“Yo tengo más flexibilidad de horario, quizás eso me permite encargarme de más cosas del trabajo los sábados. Vicky trabaja ese día, entonces aprovechamos y me encargo de las compras y cocinar para la semana” (Mariano, 30 años, 2 hijos)

¿Menos horas de trabajo, más trabajo en el hogar?

De los veinte varones entrevistados, nueve trabajan más horas que sus mujeres y de ellos, la mayor parte tiene una carga horaria que casi duplica a la de sus parejas; ocho tienen un horario laboral semejante y sólo dos trabajan menos que sus parejas.

En consonancia con los hallazgos de López et. al. (2010), los varones que trabajan más horas que sus parejas utilizan ese argumento para legitimar el menor tiempo dedicado a las tareas domésticas y de crianza. De ahí que en esos casos la inequidad en la distribución de tareas domésticas y de cuidado de los hijos sea mayor, siendo ellas quienes se ocupan primordialmente de esas

actividades. Por el contrario, cuando el varón tiene una rutina laboral que se asemeja a la de su pareja o que es menor, esa inequidad disminuye aunque sin desaparecer absolutamente.

A partir del discurso de los varones sobre la distribución de las tareas en el hogar, observamos que la mayor disponibilidad de tiempo que tienen algunas mujeres se traduce en mayor trabajo dentro del hogar. Así, ese tiempo liberado de su ocupación profesional se transmuta en tiempo de trabajo doméstico. Como consecuencia, estos varones que trabajan más que sus mujeres suelen ser quienes no ven ni afectada ni cambiada su rutina laboral.

En este sentido, en consonancia con lo relevado por el estudio de López et. al. (2010), algunos varones de este estudio disponen de tiempos pautados para el ejercicio de tareas asociadas a la paternidad mientras que la dedicación de las madres es transversal en el tiempo. Aun en los casos en que las tareas están distribuidas más equitativamente, las mujeres parecen tener una carga mental mayor ya que son por excelencia las “administradoras del hogar”, las que piensan qué tareas se hacen, cómo se hacen y cuándo se hacen, más allá de que después sea otro u otra quien las ejecute. Asimismo, en algunos casos la participación de los varones en las tareas domésticas y de crianza asume un carácter condicional, es decir, depende de si su mujer está cansada, no puede o no quiere hacerlo.

Asimismo, coincidiendo con Faur (2000), creemos que la prevalencia de una matriz sexual de trabajo en la legislación laboral que asigna al hombre adulto la responsabilidad de la provisión de ingresos familiares y a las mujeres las obligaciones de reproducción del mundo doméstico, incluyendo el cuidado y crianza de los hijos, cumple un rol fundamental en la asimetría que persiste en los casos en que la pareja tiene el mismo horario laboral.

La mayoría de los varones coincide en decir que la carrera laboral de la mujer se ve más afectada que la de ellos con la llegada de los hijos fundamentalmente por el rol que debe cumplir la madre en el primer año de vida del bebé. Mientras que la mayoría de los varones considera que ha podido o hubiera podido continuar desempeñándose en su ambiente laboral sin graves inconvenientes al momento del nacimiento de sus hijos, reconocen que las mujeres ven más perturbada su actividad laboral y que no son “irremplazables” en esa instancia. Tal como vimos en el apartado sobre la decisión de tener hijos, la mayoría de los varones afirmaron que la llegada de los hijos afecta más la carrera laboral de la mujer que la del varón, principalmente en los primeros meses de vida del bebé. Tomás lo resume de este modo:

“Yo creo que sí, en la carrera de la mujer sí, porque tiene otro rol en la familia y en la crianza, digamos, de los hijos. Digamos, fuera de que tienen licencia, digamos, les quita tiempo y yo creo que les saca capacidad de desenvolverse de... (...) Y sí, porque ella estaba más cansada, tenía más responsabilidades. El hombre por ahí no las tiene, porque la que primero las tiene es la mujer, digamos, en el caso de que no trabaje la mujer, eh... No importa que el hombre tenga más licencia o menos licencia, pero en esta época de la crianza, digamos, creo que el papel de la mujer es más importante que el del hombre, el papel de la madre es mucho más relevante que el del hombre los primeros meses de vida. Entonces, yo creo que se justificaría si extiende la licencia por maternidad para la mujer y no tanto al hombre.” (Tomás, 37 años, 1 hijo)

Este fragmento de una entrevista evidencia que, aun cuando se ha incrementando en los últimos tiempos la participación de los varones en las tareas domésticas y de crianza, son principalmente las mujeres quienes se ven interpeladas a “conciliar” sus responsabilidades en la esfera productiva y reproductiva. Esta interpelación está asociada a la matriz sexual que atraviesa la legislación laboral y que favorece la persistencia de representaciones sociales acerca de la distribución de las

responsabilidades, conducentes a que sean los propios hombres quienes se vean a sí mismos en un papel de proveedores más que de cuidadores.

No obstante, de los varones de la muestra, aproximadamente la mitad decidió prolongar su licencia por paternidad, reservándose vacaciones al momento del nacimiento de sus hijos a fin de que los dos padres estén presentes en esos primeros tiempos, disfrutar al bebé y repartirse tareas. Así lo expresa Agustín:

“E: Sí, Lourdes se tomó la licencia por ley, y yo me tomé los cinco días por ley más vacaciones, que las tenía reservadas ya para el momento, digamos. Así que estuvimos mucho tiempo juntos, bastantes momentos, porque ninguno de los dos sabíamos qué hacer, entonces lo que teníamos que hacer estábamos los dos haciéndonos cargo, responsablemente, repartidos entre el bebé.” (Agustín, 30 años, 1 hijo).

Ahora bien, vale destacar que ese tiempo asumido por los varones a las tareas de cuidado fue menor al que tenía la mujer y, por lo tanto, al poco tiempo era ella quien asumía nuevamente la mayoría de las responsabilidades por estar más tiempo en el hogar. En ese sentido, la inequidad entre la licencia por maternidad y la de paternidad puede traducirse la gran parte de las veces en mayor trabajo doméstico y menos oportunidades de desarrollo profesional para ellas.

Reflexiones finales

En el desarrollo de este trabajo hemos analizado las opiniones de los varones de sectores medios en torno al modo en que experimentan la decisión de tener hijos y sus percepciones respecto a la influencia de la paternidad tiene sobre su actividad laboral y su carrera profesional. La primera apreciación de la lectura de las entrevistas es que no es posible generalizar comportamientos ni modos de asumir la paternidad. Hemos visto que existen diferentes dinámicas que rigen la decisión sobre tener hijos y que la paternidad influye de modos disímiles en la actividad laboral del varón. En ese sentido, nos gustaría destacar que las conclusiones a las que arribamos son más bien puntos de partida para seguir investigando y reflexionando en el futuro sobre las diferencias encontradas entre los varones entrevistados y las dimensiones que podrían estar involucradas en estas distinciones.

En términos generales, identificamos una fuerte valorización de la paternidad por los varones de este estudio y un fuerte deseo y voluntad de ser padres. La decisión sobre tener hijos no fue cuestionada por ninguno de los miembros de la pareja y según ellos no implicó conflictos en la pareja. Todos estos varones se manifestaron con deseos de ser padres y con ganas de tener hijos, aun cuando no hubieran llegado en el momento que creían adecuado. En este sentido, la paternidad y la maternidad aparecieron en la mayoría de los casos como un proyecto tácito de la pareja, como el broche de oro de la unión.

En función del modo que asume la planificación de la llegada de los hijos y la evaluación o no de ciertas condiciones previas para su arribo, hemos definido tres categorías de varones: los planificados buscadores, los planificados espontáneos y los no planificados. Mientras los dos primeros han planificado el embarazo y evaluado ciertas condiciones previas, los últimos viven la llegada del hijo como una sorpresa aceptada.

Ahora bien, aun si la mayoría de los varones de este estudio planificó el embarazo, no siempre eso implicó que lo hayan buscado y que hayan definido un tiempo en que les gustaría que suceda. Como consecuencia, la llegada de los hijos no siempre viene acompañada del logro previo de todas

las condiciones que habían evaluado como necesarias. De ahí que durante el primer año de vida del bebé continúe habiendo reacomodaciones y cambios en la vivienda, en la situación personal que atraviesan los miembros de la pareja, en la situación económica y laboral.

Respecto a la influencia de la paternidad en la actividad laboral del varón, observamos que la mayoría de los varones no identificó como conflictiva la relación entre ser padre y trabajar. Coincidiendo con los trabajos de Faur (2000), Fuller (2000), López et. al. (2010), la articulación de sus trabajos con la paternidad no se traduce en fuertes inconvenientes. Ahora bien, observamos que si bien la mayoría considera no haber visto afectada su carrera laboral por la paternidad, algunos aluden que han tenido que hacer modificaciones en su actividad laboral para congeniar y negociar con sus parejas las tareas de cuidado de los hijos. En función de las diferencias, se han definido tres categorías de varones: los no afectados sin cambios, los no afectados con cambios y los afectados.

Asimismo, destacamos que cuando el horario laboral del varón y de su pareja se asemeja, la distribución de tareas domésticas y de cuidado tiende a ser más equitativa; no obstante, sigue siendo sobre las mujeres en quienes recae la mayor responsabilidad. La desigualdad se acentúa durante el primer año de vida del bebé –dada la inequidad en los tiempos otorgados por las licencias de paternidad y maternidad– y en aquellas parejas en las que los varones trabajan más horas que las mujeres. En ese sentido, coincidiendo con el estudio de López et. al. (2010), concluimos que trabajar más horas que sus parejas es la principal justificación que utilizan algunos varones para dedicar menor tiempo a las tareas domésticas y de crianza.

Para finalizar, nos gustaría destacar que si bien se observa una participación mayor de los varones en las tareas del hogar y de cuidado de los hijos, la mayoría reconoció que sigue siendo la mujer quien ve más afectada su carrera laboral con la maternidad, fundamentalmente en los primeros meses de vida del bebé. Además, en la medida en que la mujer es quien se ocupa de la “administración de las tareas del hogar” tiene una carga mental mayor que los varones.

En ese sentido, si bien al momento de decidir tener hijos se evalúa la situación personal de cada miembro de la pareja, es el momento que atraviesa la mujer el que adquiere mayor relevancia en esa evaluación. Concluimos entonces que es necesario que ciertas políticas sociales vigentes sean reformuladas para que las responsabilidades paternas sean asumidas como propias y no como colaboraciones o ayuda a la madre.

Anexo metodológico

Se recurrió a un estudio exploratorio en base a metodología cualitativa que captó opiniones, creencias y prácticas de los varones. La técnica de recolección de información consistió en una entrevista semiestructurada individual, organizada en base a una guía de pautas que incluyó diversas preguntas abiertas que consideraron diferentes dimensiones.

Se aplicó una muestra no probabilística de tipo intencional, seleccionando a los entrevistados de acuerdo a los siguientes criterios: edad (de 30 a 40 años), lugar de residencia (CABA), nivel de instrucción (secundario completo o más), estar unidos o casados con mujeres que trabajen en empleos remunerados, y tener al menos un hijo o hija cuya edad no superara los 12 años. A partir de dichos criterios la muestra quedó conformada por veinte casos.

Para el procesamiento y análisis de los datos, se rescató la perspectiva de los actores y se apuntó a una forma de lectura que, de un modo interpretativo, se centre en los códigos de significación de los actores sociales.

Bibliografía

Ariza, M. y O. De Oliveira. “Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición”, *Papeles de Población* 28, 2001.

Faur, E. “Género, masculinidades y políticas de conciliación familia- trabajo”, *Nómadas* N° 24, 2006.

Fuller, N. “Significados y prácticas de paternidad entre varones del Perú”, en Fuller, N. *Paternidades en América Latina*, Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial, Lima 2000.

López, E., L. Findling, *Maternidades, paternidades, trabajo y salud ¿Transformaciones o retoques?*, Bilos, Ciudad de Buenos Aires, 2012.

Lupica, C. “La función paterna en la nueva dinámica familiar: de la provisión económica al compromiso emocional”, *boletín de la maternidad* n° 6, Observatorio de la maternidad, Buenos Aires, 2009.

Solsona, M. “La segunda transición demográfica desde la perspectiva de género”, en M. Solsona (ed), *Desigualdades de género en los viejos y los nuevos hogares*, Barcelona, Centre d'Etudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1996.

Viveros Vigoya, M. “Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas” en Fuller, N. *Paternidades en America Latina*, Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial, Lima, 2000.